



A LOS 40 AÑOS DEL CONCILIO

El Concilio... empezaba

(...) El Concilio suscitó esperanza e ilusión, pero en más de una ocasión produjo nerviosismo, confrontaciones y batallas. Momento singular fue el del rechazo de los esquemas elaborados por la Curia romana. «Esto se va», me decía un amigo que luego llegaría a arzobispo. «Esto es un vendaval, capaz de romper robles», le decía yo. Pero las palmeras se curvan e inclinan, y como no hay ventolera que no pare, una vez cesada, vuelven a erguirse. Probablemente no serán iguales que antes.

Un día el padre Congar encontró en el pavimento de San Pedro una plumita de paloma, y decía con humor que era la demostración de la presencia del Espíritu Santo. Acaso otros descubrían el rabo de Satanás en momentos de crispación. Y unos y otros creían contribuir a que la Iglesia no naufragase. Nuestros renglones, aunque sean torcidos, nos parecen fundamentales, mas el Espíritu escribe derecho precisamente con ellos, de forma invisible. (...)

El nerviosismo es muy humano, demasiado humano, sobre todo cuando uno se cree el timonel de la nave. En momentos de impase, de intervenciones papales, de nombramientos específicos, aumentaba su grado, y así las visiones en blanco y negro. El máximo consenso buscado en las decisiones últimas obligaba a renunciar a algunas cosas, a buscar concordancias y limar asperezas. De esos mimbres, por su naturaleza misma, se compone un Concilio.

Entre mis recuerdos personales emergentes evoco un encuentro con el cardenal Suenens, la visita al Hermano Roger de Taizé, a quien había hecho de intérprete en su visita al seminario hispanoamericano de Madrid, el encuentro con Hans Küng, antiguo compañero de la Universidad Gregoriana. Monseñor Manuel Bonet me animó a reunir una serie de trabajos anteriores en un volumen que se tituló *El obispo ideal en el siglo de la Reforma*. Y por aquellos días publicó el padre Congar un pequeño libro, «*Pour une Eglise servante et pauvre*», que lo conser-

vo por él dedicado. El núcleo fundamental del libro era entender la autoridad como servicio. Y a él acudí con mi libro para mostrarle esa misma idea en escritores del siglo XVI en los que él suponía desarrollada solamente una jerarcológia. Asistí al aula conciliar el día que se leyó el capítulo dedicado a la Virgen, y evoqué en el mismo instante a Erasmo de Rotterdam. Muy enfadado estaba al respecto mi buen amigo el yugoeslavo padre Balic, franciscano él, y de la decepción que le habían causado los españoles: «Questi galegos!», exclamaba apesadumbrado. Entre los documentos conciliares definitivos los hubo hermosos y que produjeron gran entusiasmo, y algunos otros un tanto grises. (...) Y como otros Concilios, el Vaticano II terminó, cansado y en sosiego. En realidad no terminaba, justamente empezaba. La hora de la aceptación. Larga tarea. ¡Qué fácil es poner el altar de cara al pueblo, hasta traducir la Liturgia a lengua vulgar! ¡Qué difícil, lograr una verdadera educación litúrgica! ¡Qué fácil cumplir las pequeñas normas concretas; qué difícil asimilar un espíritu! Escrito está que sólo el decreto sobre erección de Seminarios justificaría el Concilio de Trento. Pero también está escrito que algunas diócesis tardaron

doscientos años en cumplirlo.

A tantos años de distancia —para los jóvenes el Vaticano II es como el Vaticano I— pudiéramos interrogarnos quienes vivimos de aquella gran ilusión si el Vaticano II ha sido debidamente asimilado. Acaso algunos lo den ya por muerto y olvidado; otros podemos preguntarnos si hemos apenas empezado a ponerlo en práctica. Con eso de que, en la cronología divina, muchos siglos son como un día..., no perdamos la esperanza; algo muy distinto e infinitamente más sólido que... las expectativas. Claro que, entretanto, a veces arrecia la tempestad y parece zozobrar la barca. Es el momento de *Sálvanos, Señor*, que perecemos, y de escuchar entre brumas: ¡Hombres de poca fe!

J. Ignacio Tellechea Idígoras

